



V

La Sagrada Eucaristía sustenta en el cristiano la vida de la Gracia divina; y por excepción milagrosa, la vida corporal.

Caro mea est pro mundi vita.
Doy mi carne para el sustento del mundo.
JOAN., VI, 52.

1. Pregúntase dónde el río Nilo será más prodigioso, ó en sus ocultos manantiales, ó en sus patentes avenidas, y se contesta que por escondido y manifiesto es igualmente admirable; pues siendo desconocido su origen, de él parte, no obstante, la impetuosa corriente que luego ha de llenar el hondo cauce; y siendo sus notorias avenidas tan inmensas, su cauce es estrecho para contener el beneficioso líquido.

¿Quién diría que la Divina Eucaristía es semejante en lo estupendo á este caudaloso río, que ocultando su bondad en su origen, en Dios mismo, sus efectos son tan inmensos, sus beneficios son tan infinitos que no caben en el corazón humano, cauce muy estrecho para estas celestiales avenidas? ¡Ah! El Sacramento del Altar parte del Eterno y se derrama por las siete bocas de los sacramentos; pero todos estos arroyuelos místicos vienen á juntarse en el caudaloso río de la Eucaristía, según aquello de la Sagrada Escritura: *Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum* (1). El río

(1) Ps. LXIV, 10.

de Dios lleno está de celestiales aguas y les preparaste en ellas el manjar de los cristianos.

2. Estas divinas aguas, unas mismas en calidad, ya que proceden todas de idéntico principio, producen distintos efectos, según los espirituales vergeles que riegan y las diversas plantas que en ellos fecundan; he aquí la sencilla razón por qué son muchos los grandes efectos de la Eucaristía; todos vienen á ser afluencias de la misma, que reportan diversos beneficios, según bañen diversas necesidades del alma; empero el principal efecto, ya que en él se cifran todos los demás, es ser la Eucaristía sustento del espíritu. «Mi carne, dice el Señor, es para la vida del mundo (1),» para el sustento de los hombres; de suerte que sin la recepción de esta carne inmaculada, no podrá sustentar sus fuerzas el hombre, como tampoco podrá en consecuencia llevar la vida de los hijos de Dios.

3. ¿No recordáis que, desfallecido en el desierto el profeta Elías, un ángel tocó su hombro y le advirtió que tenía junto á su cabecera un tierno pan, cocido al rescoldo, y un vaso de agua cristalina para que los tomara?; y ¿no sabéis que, después de haber comido y bebido, caminó aquel santo profeta cuarenta días y otras tantas noches, sin desfallecer hasta llegar al monte de Dios? Pues ved aquí simbolizado el sustento que la Divina Eucaristía causa en el alma. Es el tierno pan cocido al fuego del amor divino; es el agua cristalina que mana hasta la vida eterna, y fortalece tanto al espíritu que, sin desfallecer, caminará durante la peregrinación de este mundo, siendo conducido á la encumbrada mansión de los cielos.

Si así es, ocupémonos del Sacramento Santísimo como sustento del cristiano, distribuyendo el asunto en dos partes: I. *La Eucaristía sustenta la vida de la gracia divina en el alma.* II. *Puede sustentar la del cuerpo, según lo ha evidenciado por determinado tiempo en almas privilegiadas.*

(1) Joan. VI, 52.

§. I.

4. La palabra sustentar denota la acción de sostener, conservar y mantener en un estado á una cosa; ahora bien, la Sagrada Eucaristía, según vimos en el capítulo anterior, es Manjar del alma; luego Ella es también su poderoso sustento. Empero la sostiene de dos modos: primero, dándola virtud y demás gracias necesarias para su conservación; segundo, impidiendo los obstáculos que podían destruirla.

Semejantes efectos se fundan en aquellas regaladas palabras del Salvador: «El que come mi cuerpo y bebe mi sangre en mí mora y yo en él (1).» Al penetrar Jesucristo en nuestra alma para comunicarnos su vida divina y sus perfecciones infinitas, la derrama sus dones, precisamente los necesarios para que se mantenga en lo sucesivo en esa vida divina, que es la gracia justificante; las mercedes de Cristo Sacramentado ennoblecen de una manera tal las potencias y las virtudes y el ser, en una palabra, de la persona comulgante que, á no impedirlo la humana flaqueza, pareceríamos físicamente otros cristos glorificados. Y no porque las miserias del hombre estén adheridas connaturalmente á su persona, por eso no pueda parecer otro Cristo en vida y costumbres, como lo han sido los justos, sino porque las más de las veces no corresponde como debe á las finezas del Sacramento Santísimo.

Entra Jesús en el alma que está en su amistad, y le aumenta inmediatamente la gracia santificante: don sobrenatural que concede el mérito de la eterna vida á las obras humanas; y este aumento de gracia divina hace que el alma adquiera nuevas fuerzas. Entra en el alma, y la otorga un don de fe, iluminándola con celestiales luces para que crea las verdades de nuestra Religión. Entra en el alma, y robustece su esperanza para que no desmaye á la violencia de los infernales dardos que le arrojan las potestades del abismo, y á los de una carne corrompida y de un mundo relajado. En-

(1) Joan. VI, 57.

tra en el alma, y produce el amor, encendiendo la llama de la caridad y devoción. Entra en el alma, y la infunde los dones del Espíritu Santo, no ya como lo efectúan los demás sacramentos, sino en más alto grado que ellos. Entra, finalmente, en el alma, y la hace crecer en buenos pensamientos y en virtudes, le da conformidad y gozo y entusiasmo por las prácticas del servicio divino, dejándola convertida en un ser muy semejante á Jesucristo: todo esto realiza la Eucaristía para conservar la vida de la gracia en el espíritu cristiano.

5. Es de fe, por declaración del Florentino, que todos los efectos que la comida y bebida materiales obran en el cuerpo, los obra asimismo la Eucaristía en el alma, y pone como primer efecto el sustentar, *sustentat*. El Agustino expone esta doctrina con una claridad incomparable y con una lógica inflexible. «El Hijo de Dios, dice, ha dejado á los fieles un pan material del que necesitamos para conservar la vida natural; un pan de caridad que nos sirve para sostener la vida civil entre nuestros hermanos; un pan evangélico que se nos ha dado para sostener la vida cristiana y que no es otro que la palabra divina como Dios lo enseña; un pan de gracia que nos es necesario para conservar la vida sobrenatural; empero ninguno hay entre todos más provechoso que el Pan eucarístico, pues se nos concede para conservar la vida divina». Y ¿cómo la Eucaristía no conservará la vida divina si, como bellamente expresa Tertuliano, nuestra carne se sustenta de la carne de Jesucristo y nuestra alma se engrasa de su divinidad; y como añade S. Francisco de Sales, el cristiano por este Sacramento se reviste del hombre nuevo, que es Jesucristo, para caminar por las sendas de la justicia (1)? ¿No recordáis que cuando caía el maná sobre el campo de Israel, caía también el suave rocío de la mañana? Pues siempre que recibimos debidamente al Sacramento del Altar baja sobre el alma el rocío de la gracia divina con tal abundancia que la fortalece y la sustenta poderosamente contra sus enemigos.

(1) Espíritu del Santo, part. XI, cap. 9.

¡Oh, exclamaba S. Alfonso de Liguorio, si los fieles comprendiesen el bien inmenso que hace al alma la Comunión! Jesús es el dueño de todas las riquezas, porque su Padre le hizo dueño de todo; cuando entra, pues, en una alma por la Comunión lleva consigo tesoros inmensos de gracias, y el alma afortunada que le recibe dignamente puede expresar con toda verdad que junto con la Sagrada Hostia le vienen todos los bienes (1).»

6. Corroboran nuestro asunto los efectos que este Divino Sacramento ha causado en los siervos de Dios. S. Félix de Cantalicio comulgó durante muchos años tres veces por semana; pero, viendo sus directores que no podía vivir sin recibir la Comunión más á menudo, le permitieron y hasta le rogaron que comulgase diariamente. Santa Catalina de Sena, el día que no comulgaba, creía que iba á espirar; y otros muchos siervos de Dios dieron á conocer que su vida espiritual quedaría aniquilada si la virtud de la Eucaristía no la sustentara.

7. Si alguna virtud heroica poseen los santos es debida al sustento que causa el más bello de los Sacramentos. Y si nosotros no fuéramos tardos en comulgar y tardos igualmente en prepararnos convenientemente, experimentaríamos sin duda los mencionados efectos. Nuestra voluntad, al recibir la divina Eucaristía, debería ser la de Dios; y si alguna voluntad propia quisiéramos llevar á cabo debería ser nuestra mayor santificación, dependiente hasta en el modo de ejecutarla de la voluntad del Altísimo. Creen muchos que con sólo desear hacer la voluntad de Dios ya está hecho todo; pero se engañan miserablemente, porque el deseo ha de ser vivo, y ha de estar por consiguiente en movimiento, el cual conduce á la acción que perfecciona el deseo. Nunca obtendremos del Sacramento del Altar virtudes grandes y extraordinarias, si en su recepción no ponemos en práctica el vivo deseo de cumplir la voluntad del Señor.

8. Hasta aquí he declarado cuáles sean las mercedes

(1) Prepar. para la muerte, consid. 34, p. 3.^a.

que el Señor derrama en el alma para sustentarla en la vida de la gracia divina; preciso es ahora que explique de qué manera la sustenta también, impidiendo los obstáculos que podían destruirla. Escribe Inocencio III que la Sagrada Eucaristía borra los pecados veniales y preserva de los mortales (1); y Sto. Tomás añade que (2), dándonos este Sacramento en forma de comida, así como ésta repara las fuerzas del cuerpo, que se han gastado por el calor natural, así el manjar eucarístico repara los daños que las culpas veniales han causado en el alma; por esto asegura el Tridentino que la Sagrada Comunión es un antídoto con que nos libramos de las culpas diarias y nos preservamos de las mortales (3). De cuyos hermosos pensamientos se deduce que debiéramos acercarnos con frecuencia á la Comunión, no ya sólo por amor á Dios y por santificación de nuestra alma, sino por conveniencia propia; pues, sabiendo que estamos obligados á vivir libres de pecado, y comprendiendo que la Comunión libra de los veniales y preserva de los mortales, en nuestra mano está el hallarnos completamente limpios de las faltas y hasta de las imperfecciones ligeras. ¿Queréis vivir santamente? ¿queréis que no os muerda la conciencia? Comulgad á menudo. Recordad los primitivos tiempos del Cristianismo, días de oro para la Iglesia en que sus felices miembros se acercaban diariamente á la Sagrada Mesa; ¡cuántas virtudes poseían nuestros padres en la fe que ahora se ignoran, al menos casi en la totalidad de los cristianos! ¡cuántos pecados menos se cometían entonces que en nuestros tiempos, en que apenas se comulga!

9. Sobre las palabras del Redentor: *Hic est panis de cælo descendens ut si quis ex ipso manducet non moriatur*, dice el Angélico (4), con todos los teólogos, que la muerte á que se refiere el Señor se entiende la muerte del alma; y prosigue el santo: El pecado es cierta muerte espiritual del

(1) Libr. 4 de Mister., cap. 44.

(2) Q. 77, a. 4.

(3) Sess. 13, cap. 2.

(4) Q. 79, art. 6.

alma, y alguno puede preservarse del pecado futuro al modo que se preserva al cuerpo de la muerte futura. Así pues, uno puede preservar al cuerpo de dos modos: 1.º en cuanto la naturaleza del hombre se fortalece contra lo que corrompe interiormente, lo cual se efectúa por medio de los alimentos y medicinas; y 2.º, fortificando la parte exterior por medio de armas, vestido, etc. para la defensa. Otro tanto sucede respecto del alma; por el primer modo, cuando Cristo se une al espíritu por la Comunión, la alimenta con manjar fuerte, según aquellas palabras del salmo: «El Pan confirma el corazón del hombre (1)» y lo de S. Agustín: «Llégate con entera confianza, pues es Pan y no veneno (2)»; y por el segundo modo le defiende de los espíritus infernales, según afirma el Crisóstomo.

10. Directamente confirma el corazón del hombre en el bien, por el cual es preservado del pecado futuro; y para que se observe una vez más cómo esta doctrina es comunísima, dice Inocencio III que Jesucristo nos libró con su Pasión de las penas del pecado, pero con la Eucaristía nos preserva de caer en él. Ved cuán excelente medio es la Divina Eucaristía para conservarnos puros.

Las tentaciones debilitan el alma y la ponen en peligro de caer en el pecado; por manera que, en tanto queda el alma más flaca en cuanto las tentaciones son más vehementes. Siendo por lo común más en número, aunque no las más terribles, las que nos sugiere el demonio, el divino Manjar obra poderosamente contra ellas y contra sus fautores. «Si la sangre del Cordero pascual, dice el Crisóstomo, que era figura de este Sacramento, puesta en los umbrales de las puertas, libraba del ángel exterminador á los que con ella habían rociado sus casas, ¿cuánto mejor obrará semejante prodigio el Santísimo Sacramento (3)? La Eucaristía disminuye la fuerza de la concupiscencia, pero esto no lo obra directamente, sino en cuanto aumenta la caridad; por este

(1) Ps. CIII, 15.

(2) Trac. 26 sup. Joan.

(3) Hom. 61 ad pop. Antioch.

motivo dijo el Agustino que el aumento de la caridad es disminución de la concupiscencia. Ved ahí por qué nuestra alma, después de haber comulgado, se encuentra en un estado de indecible paz y de tranquilidad completa, pues los sentidos, particularmente el del tacto, parece que están como adormecidos, lo cual es debido á la influencia que ha ejercido la carne purísima de Jesús en la nuestra. Dice á este propósito el P. Grasset que, la carne de Jesús comunica á la del cristiano toda su cualidad virginal, la purifica y santifica (1). Ciertamente; si de la conversación con una persona casta los sentidos se sienten como dormidos, aun algo después de la conversación misma, ¿qué es lo que no hará la participación del Salvador, ya que por este acto no sólo conversamos con Él, sino que nos nutrimos de sus divinas carnes? La Carne de Cristo produce hombres castos, y su sangre engendra puras vírgenes. Véis aquel joven asaltado de lúbricos pensamientos, y atacado de sensaciones malas, casi irresistibles? Pues dejad que se acerque á menudo á la S. Eucaristía, y veréis cómo confiesa que el Sacramento disminuye como por encanto esos pensamientos y debilita ó apaga esos funestos movimientos. ¡Bendito mil veces sea el amor de Jesús que nos ha deparado un medio tan excelente!

Recordad que cuando el Arca de la alianza, llevada en hombros de levitas, pasó el Jordán, las impetuosas olas se detuvieron ante ella, formando paredes altísimas como de cristal; así la Sagrada Eucaristía detiene y resiste las fogosas olas de las pasiones en aquél que la lleva á su corazón. «Quien se alimenta con ese celestial Pan, dice un autor ilustre, bien puede decir que está con el Redentor, y de ese modo nada tiene que temer, pues la Eucaristía es mucho más segura que la torre de la que penden mil escudos y la armadura de los fuertes; es como el pan de Gedeón con el que ningún enemigo se resistirá, derribando las tiendas de los madianitas de un solo golpe.» (2) ¡Cuán confiado debe

(1) Medit.

(2) Sr. Yagüe, tomo 6.º, pag. 432.